

ESBALUARD MUSEU D'ART CONTEMPORANI DE PALMA

Andrea Pacheco **Acariciar el museo**

Antes de la apropiación católica del concepto, los griegos interpretaron una epifanía como un momento trascendente, de revelación o manifestación de algo que está oculto y emerge a la superficie. Hans Ulrich Obrist suele preguntar a sus entrevistados por su momento de epifanía; aquel instante que marca un punto de inflexión en la vida o la carrera de una persona. Durante tres años, hasta el mes julio recién pasado, tuve la oportunidad de estar al frente de una de las sedes del Museo de Arte Contemporáneo de Santiago de Chile, como Coordinadora del MAC Quinta Normal. En ese lugar, en mayo de 2014, fue cuando experimenté un momento de este tipo. Sucedió durante la celebración del Día del Patrimonio, un evento anual organizado por el Consejo de Monumentos Nacionales chileno, que insta a los ciudadanos a acudir en masa a los edificios patrimoniales que existen en el país, muchos de los cuales albergan museos y centros de arte. En el caso del MAC, esto implicaba recibir a cientos de personas durante todo el día, ansiosas por conocer la arquitectura de un palacete neoclásico, declarado monumento histórico en 2004. El desafío estaba en que no había ninguna seguridad de que el interés de este público, que atendía un llamado cultural masivo, se dirigiese también a las exposiciones que contenía el edificio.

Hasta ese día, no había sido consciente de la relación que podían llegar a establecer las personas con las obras artísticas cuando visitan una muestra. Había reflexionado sobre este asunto al armar un proyecto curatorial, pensar su narrativa y proponer lecturas o recorridos a los potenciales visitantes. Pero estas reflexiones se mantenían siempre en el terreno de la especulación, sin certezas, con un enorme páramo de dudas respecto a cómo acogería el público un determinada muestra. Hablamos de arte contemporáneo, claro. Aquel Día del Patrimonio, sin embargo, se manifestó de forma clara y contundente un deseo concreto por parte de esa entidad impredecible. En este caso, por parte de un público familiar, popular, que no parecía tener demasiada afinidad con las últimas tendencias artísticas, pero que sin embargo, domingo a domingo repleta el parque público que colinda con el museo.

En ese momento, el MAC Quinta Normal tenía en exhibición Sub30, una gran muestra dedicada a la joven pintura chilena. Ocupando todo el edificio, se presentaban sesenta artistas menores de 30 años para quienes la pintura más que una disciplina era un lenguaje que se desplazaba a distintos soportes. Escultura, dibujo, instalaciones, vídeos, murales, grabados y cuadros, muchos cuadros, formaban parte de esta gran muestra/publicación dirigida por el artista y gestor chileno Jorge 'Coco' González. La unidad de Educación del museo, EducaMAC, había preparado una serie de actividades, entre talleres, visitas guiadas y otras acciones pedagógicas para acercar los

contenidos de la exposición a los visitantes. Todas estas actividades estuvieron abarrotadas de gente durante todo el día y, en general, las personas que acudieron al MAC, se mostraron entusiastas y participativas.

Pero además de la sorprendente empatía de este público no especializado, pude observar que la mayor parte de estos visitantes repetía un gesto similar dentro de las salas: tocar. Con suavidad, delicadamente, las personas tocaban las obras. Pasaban uno o varios dedos por la tela de los cuadros, por los marcos, por las piezas que se iban encontrando al alcance de la mano. Tocaban también las paredes vacías, los revocados del edificio, las ventanas de los patios. Parecía una necesidad imposible de contener, un impulso irrefrenable. Tocar, tocar, tocar; pese a que el personal del museo y la señalética recordaba a los visitantes que sólo estaba permitido mirar, la gente tocaba, todo y mucho. Y lo hacía, digamos, con «cariño».

Como una epifanía, aquella tarde tuve dos revelaciones. La primera fue la confirmación de que la experiencia estética es multisensorial. A pesar del canon occidental de exhibición que obliga, salvo excepciones, a disfrutar las exposiciones con la vista, ese día en el MAC, las personas necesitaban utilizar además el tacto para completar su experiencia en el museo. Al observar que además, la gente tocaba con calidez, con delicadeza, vino la segunda revelación: se trataba de caricias. Lo que para mí emergió a la superficie ese día, fue la sugerente idea de que este público, en particular, parecía buscar un contacto más próximo y menos intelectual con lo que se encontraban en las salas de exposición, parecía necesitar un acercamiento «afectivo» al museo.

II.

El Museo de Arte Contemporáneo de Santiago, fue fundado en 1947, como una institución dependiente de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile. Fue el primer museo de arte contemporáneo en el continente americano y, probablemente, es el primer museo de arte contemporáneo como tal, en el mundo. En la actualidad, el MAC cuenta con dos sedes: Parque Forestal y Quinta Normal. La primera, se ubica en un barrio turístico de la ciudad, rodeado de cafés, tiendas de diseño y galerías. Comparte edificio con el Museo Nacional de Bellas Artes y, desde 2015, ambos museos están unidos por un pasillo que permite a los visitantes ir de uno a otro, desde el interior. En cuanto a su programación, este espacio se considera la sede oficial, por tanto, acoge proyectos de mayor envergadura, artistas chilenos históricos y grandes exposiciones de colección. Desde 2015 y hasta el 2017, el MAC Parque Forestal está dedicado a exhibir una serie de muestras en torno a su colección, compuesta por unas 2.600 obras desde fines del siglo XIX hasta hoy.

MAC Quinta Normal, la sede «joven» del museo, combina exposiciones de artistas y colectivos locales, con muestras de artistas internacionales que desafían los formatos tradicionales. Se encuentra en un barrio patrimonial de la ciudad, dentro de un área denominada Circuito Cultural Santiago Poniente, pues concentra varios museos y centros de arte, además de una serie de instituciones de enseñanza secundaria y universitaria. Sin embargo, su vecindad con el Parque de la Quinta Normal, en un contexto popular y crecientemente multicultural, ha marcado la identidad de esta sede y el perfil mayoritario de sus visitantes desde su apertura.

El Parque de la Quinta Normal, fundado en 1842, fue el primer parque público de Chile y Latinoamérica. El parque fue diseñado por el naturalista francés Claudio Gay, quien

estuvo contratado por el gobierno chileno durante tres años para investigar y catastrar los recursos naturales del territorio. En su origen, la Quinta Normal se pensó como un espacio dedicado a la enseñanza de la Agricultura y la Botánica en medio de la ciudad, en un momento donde gran parte de la población que habitaba la naciente urbe capitalina provenía del mundo rural. Gay incorporó el concepto de diversidad en el diseño del Parque, al mezclar especies de la flora nativa con especies foráneas, traídas de diferentes países.

Hacia fines del siglo XIX, en 1876, se instaló en el parque, el Museo Nacional de Historia Natural. Una de sus directoras más emblemáticas, Grete Mostny, escribió sobre los orígenes del MNHN: «Este museo no se concibió como un gabinete de curiosidades como aquellos que habían dado origen a tantos museos europeos; tampoco surgió de las colecciones privadas de un rey o un príncipe. Desde sus principios fue un museo para el pueblo de Chile». No se equivocó, hoy es el museo más visitado del país y el esqueleto de ballena que tiene en su hall central, una pieza inmensamente popular.

Durante las décadas siguientes, se construyeron una serie de edificios de estilo neoclásico al interior del Parque de la Quinta Normal. Entre ellos, el Palacio Versailles, proyectado por el arquitecto Alberto Cruz Montt en 1918, fue utilizado primero como sede de la Sociedad Nacional de Agricultura, luego como Facultad de Agronomía, posteriormente como Centro Médico, hasta convertirse en la segunda sede del Museo de Arte Contemporáneo, MAC Quinta Normal, en 2004.

Este breve reseña sobre el contexto donde se inserta este espacio dedicado al arte contemporáneo, permite apreciar la enorme sintonía que pueden tener un museo y un parque público, incluso cuando han pasado más de 100 años entre la creación de uno y otro. De fondo, un objetivo pedagógico, la educación como base de todo. En segunda instancia, la diversidad. Más de un siglo después la «multiculturalidad botánica» propuesta por Gay, encuentra un eco social en el barrio vecino al Parque donde residen un gran número de inmigrantes latinoamericanos. Y, finalmente, «el pueblo de Chile», como foco al que atender. Un museo que, como el parque, no busca a las élites, sino a los segmentos más populares de la ciudad.

Con casi setenta años de funcionamiento, el MAC, en sus dos sedes, ha sido con toda seguridad la institución que más ha aportado al desarrollo de las artes visuales chilenas y, paradójicamente, es la más maltratada. Su sangrante situación económica, viene siendo denunciada públicamente por su director, Francisco Brugnoli, en decenas de entrevistas, sin conseguir hasta ahora un apoyo sostenido de ninguna institución. Un equipo profesional comprometido, con una capacidad de gestión más que meritoria, permite a este museo seguir activo con exposiciones notables pese a su presupuesto.

III.

A mediados del siglo pasado, el psicólogo norteamericano Abraham Maslow publicó la «Teoría de la motivación humana» donde exponía la idea de que las personas tienen distintos tipos de necesidades, jerarquizadas según su relevancia para sobrevivir. Para graficar su teoría, utilizó la imagen de una pirámide: en la base están las necesidades fisiológicas y en la punta, las necesidades espirituales o de autorrealización. Casi al mismo tiempo, el antropólogo croata Bronislaw Malinowski, publicaba «Una teoría científica de la cultura», donde coincidía con Maslow en la idea de que existen unas

necesidades básicas fisiológicas que, una vez satisfechas, daban paso a nuevas necesidades, donde incluyó las necesidades culturales.

La cultura es, indudablemente y de modo general, una necesidad humana. Pero esta necesidad no es la misma para todas las personas, en todos los lugares. Podríamos pensar que existen una serie de sub-necesidades culturales, condicionadas por el contexto histórico, político, social y económico donde surgen. ¿Quién se hace cargo de satisfacerlas? Para Malinowski, era evidente que las instituciones de una sociedad, estaban obligadas a satisfacer las necesidades de sus miembros. Dotar de infraestructuras básicas -parques públicos, bibliotecas, centros culturales, auditorios, museos- es la forma de satisfacer un primer nivel de necesidades culturales. Pero ¿cómo se puede denominar o en qué categoría es posible clasificar lo sucedido en el MAC Quinta Normal aquel Día del Patrimonio de 2014? Es bastante reaccionario seguir pensando que, detrás de ese comportamiento, hay ignorancia o falta de cultura museal. Por el contrario, me parece que es posible pensar que se trata de un acercamiento positivo y apropiado, sólo que distinto a lo que exhibe el museo. «Acariciar» las obras de arte dentro de un museo, ¿no podría ser la manifestación de un tipo de necesidad cultural no satisfecha?

Muchas teorías relacionan el aprendizaje o la adquisición de conocimientos con el sentido del tacto. Para el filósofo y matemático inglés Bertrand Russell, más que la vista, el tacto es el sentido que nos otorga la sensación de «realidad». Todo es más real en la medida en que podemos tocarlo. Una idea que comparte también Ortega y Gasset, para quien el contacto físico permite el verdadero intercambio con el mundo exterior pues nos permite sentir las cosas que tocamos «dentro de nuestro propio cuerpo». Junto a estas aportaciones, las distintas perspectivas que ofrece la Teoría de los Afectos aplicada al campo de las artes visuales, ofrece algunas pistas para empezar a responder estas preguntas.

Un año después de aquella jornada masiva que nos entregó información tan valiosa, el equipo de Educación del MAC puso en marcha un experimento pedagógico. En medio de una serie de exposiciones dedicadas al dibujo, con artistas como el británico David Shrigley, el venezolano Abdul Vas y el chileno Vicente José Cociña, se instaló un espacio dedicado a la interacción con los visitantes. Ocupando una de las salas de exposición, las educadoras crearon una sala que acogía esta «necesidad afectiva» de los visitantes de forma muy sencilla. El dibujo, aquella expresión artística básica que nos remonta a la infancia y, en ese camino, nos enternece, funcionó como una herramienta y como una excusa. Lápices, papel, fanzines que colgaban del techo, sillas y mesas que podían dibujarse, sin talleres específicos ni una dirección muy estricta. La sala ofrecía al público, no sólo la posibilidad de tocar todo lo que allí se exhibía, esto sucedía además dentro de un ambiente de calidez y placer colectivo. Durante los dos meses que estuvo abierta la sala, se transformó en el lugar más concurrido del museo, no sólo el más visitado, también donde más tiempo se quedaban los visitantes.

«El museo es una escuela: El artista aprende a comunicarse; El público aprende a hacer conexiones». La citada obra de Luis Camnitzer, se encuentra instalada en el hall central del MAC Quinta Normal desde 2013, cuando tuvo lugar en esta sede, una gran muestra del artista uruguayo. En estas conexiones que se dan cita dentro de un museo, donde intervienen obra, artista y público, se hace imprescindible acoger toda la gama de necesidades y deseos que aparecen. Esta fue una gran lección aprendida a partir de aquel revelador momento que me regaló este museo-escuela o mejor, museo-

parque de Santiago. La imagen que acompaña este texto muestra a un grupo de personas, niños, jóvenes, disfrutando bajo unos chorros de agua instalados en Parque de la Quinta Normal. Ofrecer posibilidades de encuentro y de disfrute, como en esta imagen, donde otras necesidades culturales se acogen utilizando estrategias artísticas con sencillez, es un camino que urge empezar a explorar. Hay un potencial «amoroso» en el arte y, en ciertos contextos, se está pidiendo a gritos que las caricias sean correspondidas.

Biografía

Comisaria chilena, trabaja entre Santiago de Chile y Madrid. Fue Coordinadora del Museo de Arte Contemporáneo de Santiago, MAC Quinta Normal entre 2013 y 2016. En Madrid, ha puesto en marcha una serie de Programas de Residencia que fomentan el intercambio artístico, particularmente entre España y Latinoamérica, como FelipaManuela o Just Residence. Relanzada recientemente como una plataforma dedicada a la investigación, FelipaManuela - Arte y Contexto, reabre su Programa de Residencias en Madrid, en colaboración con centros de arte e instituciones académicas de la ciudad.